

Presentación

En este número, nuestro *Dossier* incluye una compilación de cuatro ensayos en torno al pensamiento de Ludwig Wittgenstein. No pretendemos con estos ensayos sino ofrecer varias muestras de las posibilidades de trabajo de eso que vagamente podría llamarse la filosofía de Wittgenstein. Con ello, *Theoría* espera contribuir como órgano público al estudio serio de los escritos del enigmático filósofo vienés. A poco más de cincuenta años de su muerte, es una cuestión abierta y polémica en qué consiste su contribución y, si acaso, su herencia, para quienes se formaron intelectualmente en el ambiente filosófico de la posguerra. Si bien no sería adecuado emprender una discusión sobre este asunto en estas escasas líneas de presentación, diremos algo sobre la dificultad especial que representa tal cuestión.

La dificultad especial radica en que Wittgenstein, consistente, no se preocupó nunca por establecer o por preguntarse qué aspecto tendría la filosofía en el futuro, y mucho menos cómo debería ésta concebirse y funcionar.

Concédase que quien propone, declarada o implícitamente, un programa filosófico, realiza una determinada apuesta acerca del aspecto que tendría o debería tener una filosofía del futuro. (Podríamos mencionar los siguientes casos claros: la filosofía crítica kantiana, el empirismo neopositivista y la epistemología naturalizada.) Pero de un escritor filosófico que se rehúsa a ofrecer teorías acerca de la naturaleza básica de alguna joya del escaparate filosófico —*e. g.*, el pensamiento, el significado, la verdad, lo que hay— es claro que no podemos esperar algo así como un programa y, en consecuencia, difícilmente encontraríamos en él una respuesta sustancial acerca de la filosofía del futuro.

Pero, ¿acaso no tenemos, por así decirlo, contra qué declaraciones o propósitos medir las contribuciones del autor de las *Investigaciones filosóficas* al panorama filosófico de la segunda generación de sus lectores? Hay que sumar esta pregunta a la dificultad de la cuestión planteada. Pues si el llamado

“silencismo” (*quietism*) del último Wittgenstein, su resistencia a las proclividades constructivas en filosofía, su invitación a “dejarlo todo como está”, es algo más que un rasgo idiosincrático o una “proyección” por escrito de una complicada psicología, entonces parece claro que Wittgenstein sí sugiere un rumbo, al menos negativo o, si se quiere, terapéutico, para el tratamiento de problemas de filosofía: si aprendemos a ejercitar una determinada manera de mirar los fenómenos que surgen del uso regular de la inmensa variedad de conceptos que poseemos, podríamos quizá resistir “el anhelo de generalidad”, y “la tentación de decir más de lo que podemos pensar”.

Conviene recordar que Wittgenstein era más bien pesimista acerca de los alcances de su trabajo. Es así como escribe en el prólogo a las *Investigaciones filosóficas*: “Que este trabajo, en su miseria y en la oscuridad de este tiempo, esté destinado a arrojar luz en un cerebro u otro, no es imposible; pero ciertamente no es probable”. Dejando a un lado la aparente modestia expresada aquí, resulta notable que, a pesar de que nuestros tiempos son tanto o más oscuros que los de hace medio siglo, las cabezas a las que la obra de Wittgenstein ha iluminado deben contarse por varios cientos —al menos si juzgamos a partir del número de obras y ejemplares publicados, de artículos y publicaciones escritas, de congresos y coloquios, y de toda suerte de “especialistas” que, de una u otra forma, encuentran sustento en su filosofía. A pesar de ello, no es seguro que la recepción de la obra wittgensteiniana entre los filósofos profesionales contemporáneos pueda tasarse fácilmente, como tampoco es seguro que sus recomendaciones terapéuticas hayan sido adoptadas o siquiera suficientemente discutidas.

Hay, por lo demás, un “dato” de muchas instituciones de enseñanza y estudio de la filosofía de comienzos del presente siglo que parece ir en contra del “talante” del último Wittgenstein, y, si hablar así cabe, del espíritu filosófico mismo: la tendencia a convertir cualquier pensamiento propio en una réplica más del taller autorizado de procesamiento de ideas. Y es aquí, en eso que eufemísticamente podríamos llamar la enseñanza de la filosofía donde quizá es notoria la ausencia de una consideración seria de las lecciones metafilosóficas de la filosofía wittgensteiniana. Si bien el aprendizaje filosófico tiene que ser una tarea personal permanente, y si bien nuestras instituciones de enseñanza tienden a propiciar la tolerancia a la diversidad y a abrazar alguna forma de pluralismo, también revelan ellas tendencias fatales hacia el atomismo y la especialización excesiva. Y éstas pueden fácilmente convertirse en un obstáculo para la difícil empresa personal de pensar por sí mismo.

Los trabajos que aquí presentamos tienen, a nuestro parecer, justamente la virtud de no renunciar a la apuesta filosófica por mantenerse fieles a los rigores que exige la lectura de Wittgenstein. Por ello, algo importante puede aprenderse de ellos. No pretendemos, al ponerlos en este Dossier, que ellos

sean representativos ni como conjunto, ni individualmente. Cada texto, a su modo y manera, habla por su autor, y cada autor escribe sobre problemas de filosofía sobre los que Wittgenstein, de una forma o de otra, se propuso arrojar luz.

El de Alejandro Tomasini —a quien sin duda debemos la mayor producción individual dedicada al estudio profundo del pensamiento wittgensteiniano en este país— es un lúcido ensayo que ejemplifica un tipo de investigación sobre las posibilidades de fenómenos lingüísticos específicos; se trata, en este caso, de las paradojas. El autor estudia las preocupaciones de Bertrand Russell ante ciertas paradojas, que llevaron al conocido filósofo británico a idear su célebre teoría de los tipos lógicos; presenta asimismo la respuesta que a esas preocupaciones puede hallarse en el *Tractatus Logico-Philosophicus*; y muestra cómo, desde textos wittgensteinianos subsecuentes —como las *Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas*, las *Observaciones filosóficas* y las *Investigaciones filosóficas*—, puede pensarse que tales paradojas descansan sobre una mistificación de la lógica y su aplicación en las prácticas lingüísticas regulares. Para decirlo brevemente, el autor desmonta o da tratamiento a la tendencia entre filósofos, lógicos y matemáticos, a ser apremiados por las paradojas y a idear teorías para darles una solución. Es llamativo, por otra parte, que el tipo de análisis que realiza Tomasini debería hacernos sospechar de interpretaciones según las cuales parte del mérito del último Wittgenstein consiste justamente en proponer paradojas filosóficas, e. g. un nuevo tipo de paradoja escéptica.

Plinio Junqueira, por su parte, nos ofrece una rica discusión en la que contrasta dos variedades de escepticismo semántico, que denomina científico y dialéctico. La primera la encuentra en la negativa de W. O. Quine a ofrecer una explicación sobre el significado lingüístico, y en su pretensión de dar cuenta del lenguaje —convenientemente organizado en términos puramente extensionales— como de “un complejo de disposiciones presentes en la conducta verbal”. La segunda variedad se ubica, según el autor, en la problemática wittgensteiniana sobre seguir una regla, cuya célebre interpretación por parte de Saúl Kripke puso sobre el tapete la llamada “paradoja escéptica”. Junqueira sostiene que la segunda variedad es más poderosa que la primera. Esto se debe primeramente a que el escéptico científico se basa en una teoría cuestionada, como según el autor es el conductismo; y, asimismo, a que tal variedad de escepticismo semántico no puede dar cuenta del aspecto normativo de las prácticas lingüísticas. Aunque el autor no discute si ésta es una cuestión apremiante para el quineano, el ensayo cuenta con el gran interés de iluminar una posible discusión entre dos filósofos como Quine y Wittgenstein sobre lo que podría llamarse las dificultades del significado de “significado”.

Ofrecemos a continuación dos ensayos sobre la filosofía de las matemáticas de Wittgenstein. El de Axel A. Barceló estudia las nociones de universalidad y aplicabilidad de las matemáticas en los escritos del llamado periodo intermedio de Wittgenstein, y argumenta, en contra de la concepción comúnmente recibida, y articulada por filósofos y matemáticos como Frege y Russell, que las matemáticas no son algo así como la ciencia de lo más abstracto y general. Recurriendo a la noción de gramática, a la manera de un peculiar procedimiento modal, Barceló encuentra que el Wittgenstein de *Observaciones filosóficas* y *Gramática filosófica* puede dar cuenta del uso de las matemáticas en contextos extramatemáticos sin la necesidad de adherirse a lo que él mismo denomina “el mito de la universalidad”.

Silvio Pinto, por último, nos presenta un ensayo minucioso que exhibe el marco en el que se inscribe la filosofía de las matemáticas del primer Wittgenstein, y ubica con claridad sus límites y desarrollos. Este ensayo, sin duda, arroja luz sobre importantes y a veces enigmáticos pasajes del *Tractatus Logico-Philosophicus* en los que Wittgenstein presenta su concepción de las matemáticas y la lógica. El autor muestra cómo, al concebir las ecuaciones matemáticas y las tautologías como reglas para el uso de signos, el filósofo austriaco no requería, ya en la presentación original de su filosofía, postular, o inventar, objetos matemáticos para dar cuenta del pretendido carácter objetivo del discurso matemático, al tiempo que mantenía el carácter *a priori* de nuestro conocimiento matemático y lógico.

Hay que advertir finalmente que el orden de aparición de estos textos refleja estrictamente el de su recepción en *Theoría*. Cada lector y lectora, si lo desea, puede encontrar otros órdenes superpuestos. En su contenido, como sería de esperarse, estos cuatro ensayos guardan múltiples semejanzas y diferencias a gran escala y de detalle. Son, por ello, otras tantas fibras de una madeja que pensamos imprescindible en la filosofía contemporánea.